

indigencia. Hermosas criaturas que me escucháis : nunca dejéis á vuestros padres; no os pongáis en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos, y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Sí, queridos, la ingratitud es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos.

Acabó el tamborilero su relacion, se levantó, tomó el brazo de su compañero y amigo, y despidiéndose de toda la compañía, prosiguieron su camino. El anciano Palemon, advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero habia hecho en su jóven familia, no se detuvo á reflexionar sobre ella; al contrario, hizo rodar la conversacion hácia otros objetos, particularmente al placer que habian experimentado sus hijos en el baile. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos, y entraron saltando y cantando en la granja, con lo que sosegaron á la buena Marcela, que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto, ya era hora de cenar y entregarse al descanso, que tanto necesitaban nuestros cuatro bailarines, dejando para el dia siguiente la continuacion de los sucesos de Mr. Delacour.

TARDE XXXV

LA SIMPATIA

¿ Qué misteriosa aficion
Es la que á otro nos inclina,
Que rápida nos domina
Con poderosa pasion ?
Fuerte, profunda adhesion,
Sin saberlo, nos inspira,
Que á remediar solo aspira
Los males que al preferido,
Y á veces desconocido,
Le oprimen ; tal es su mira.

¡ Qué noble y agradable ocupacion es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud ! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la educacion práctica que les proporciona. Así le sucedia al virtuoso Palemon, pues si bien Benito le causaba algun recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarían á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos el dia siguiente los hijos de Palemon y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia Mr. Delacour diciendo :

Continúa la historia de la Ermita de San Leonardo.

Un dia que estaba pensando en mi padre, y me reprendia á mi mismo el haberle dejado, se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el corazon, reflexionando que si me despedia del ermitaño, nunca llegaria á separarme de él : me determiné, pues, á huir sin decirle nada, y volver al seno de mi familia. Pero no sabia cómo conducirme, pues ni tenia dinero, ni sabia qué camino habia de seguir para llegar á casa de mi padre ; sin embargo, me prometia recibir la competente instruccion del primer pasajero que encontrase. Por fortuna se hallaba ausente el ermitaño, que habia ido á hacer sus abundantes provisiones ; mas no me atrevia á dejar la ermita sola, y esperaba que entrase algun devoto para suplicarle que tuviera cuidado del santuario hasta la vuelta del hermano Lúcas, que no podia tardar mucho. En esta disposicion me hallaba cuando vi que dos mujeres, cubiertos sus rostros con delicados velos, se detenian á la puerta, diciendo la una á la otra : Este es, querida, el asilo que buscamos ; entremos, y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entraron aquellas dos mujeres, se arrodillaron ante el altar, y se pusieron á orar con tanto fervor, que yo quedé edificado. No sé qué secreto presentimiento me hacia desear ver los semblantes de aquellas señoras ; aunque á pesar de sus respectivos velos, se conocia fácilmente que una de ellas era anciana, y la otra jóven y de un talle airosísimo. Deseoso de reconocerlas, me acerqué á ellas con pretexto de decirles que el ermitaño estaba ausente, pero que vendria pronto. La vieja se descubrió al instante y me miró con ojos centellantes ; pero era tan horrible, que volví la cabeza por no verla ; y creo que hubiera huido al instante sin decir nada, si aquella vieja no dijese á la que la acompañaba : Levantad el velo, que el calor es insoportable, y no podéis ménos de estar casi sofocada. La jóven levantó el velo, y descubrió un rostro encantador. Yo habia dado un paso atras para evitar el horrible aspecto de la vieja ; pero la belleza de la jóven encadenó súbitamente todas mis facultades y quedé inmóvil, con los ojos clavados en aquella hermosísima mujer, la cual advirtiendo mi enajenamiento se ruborizó. Conocí que habia perdido mi libertad á la fuerza de aquel encanto : desvaneciéronse mis proyectos de huir, é interiormente sentia una extraña revolucion que nunca habia experimentado.

Se aumentó mi alteracion cuando, dirigiéndose á mí aquella hermosa jóven, entre tanto que la vieja oraba, me dijo : ¿ Conque al parecer no estáis aquí solo, mi buen amigo? — No, señorita. — ¿ Quién cuida de esta ermita? quiero decir ¿ quién manda en ella? — Vos solo. — ¿ Cómo? — ¿ Puede mandar alguno donde vos os halláis? — ¡ Pluguiese al cielo que fuese mi imperio tan extenso como vos decís ! en ese caso no me hallaria ahora en este sitio ; pero decidme, ¿ son ciertas las maravillosas cosas que se cuentan de un santo varon?... — ¿ Del venerable hermano Lúcas? — Ciertamente. ¿ Y vos habéis renunciado tambien el comercio del mundo, y sois su compañero? — No, señora. — ¿ Pues y ese traje? — No es el que me pertenece, señorita : baste deciros que gozo entera independendia, que estoy dispuesto á serviros, que puedo ser esposo, y...

La vieja me interrumpió, preguntando á su compañera : ¿ qué os dice ese jóven? — Mi señora tia, nada mas sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lúcas. — Si no me han engañado, es el hombre mas singular que se conoce : ¿ tardará mucho? necesito hablarle, y tomar de él consejos sobre el proyecto que hemos formado de abandonar el mundo. — ¿ Abandonar el mundo? dije yo, ¿ cómo? ¿ esta señorita quiere retirarse de la sociedad? — Sí, señor, respondió la vieja ; ¿ qué, os admira? ¿ no es libre para hacer lo que gustare? — ¿ Yo libre? ¡ ah ! ¿ qué habéis dicho, señora tia? — Que sois libre, repuse yo ; pero bien se conoce que no es cierto, pues á obrar segun vuestra voluntad, no exclamariais con tanta energía.

La vieja me miró con enfurecidos ojos. Esta mujer, que desde luego me pareció dura y malvada, clavando la vista en la jóven, le dijo : ¿ Conocéis á este hombre? — Señora tia, esta es la vez primera que le veo. — ¿ Pues cómo juzga tan pronto de vuestra situacion? — Yo interrumpí, pienso así por las palabras que he oido ; por el interes que me inspira esta señorita, y por un presentimiento que... — Retirémonos, dijo la vieja tomando la mano de su sobrina, y añadiendo : Entré en la ermita para consultar con el santo varon que vive en ella, y no para buscar contradictores.

Iban á salir de la ermita ; mas yo, conociendo mi imprudencia, me acerqué á la tia, y le dije : Perdonad, señora, mi indiscrecion ; ya veis que mi edad no es la de la experiencia : el hermano Lúcas sentirá infinito que no le hayáis esperado, y yo nunca me

perdonaria el ser la causa de que no recibáis sus saludables consejos. — ¿Es tan indiscreto como vos? — No, señora; todo lo contrario, es discretísimo, pero nada me aventaja en lo sensible; y mi educacion me ha enseñado á serlo mucho mas con las damas de la calidad que presumo ver en vos: por lo cual os vuelvo á pedir perdon de mi necedad, y que esperéis al ermitaño; pero ya llega, parece que el cielo favorece mis intenciones.

En efecto, llegó el hermano Lúcas con la pesada alforja sobre el hombro; vió á las dos mujeres, al punto se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas, les dijo: ¿Hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad? — Sí, señor, respondió la vieja; pero ántes es necesario que me oigáis aparte. El ermitaño la tomó de la mano y la condujo á las sillas que estaban inmediatas al confesonario: se sentaron y engolfaron en silenciosa conversacion. Entre tanto la sobrina se sentó en un banco, sacó un librito, y se puso á leer. Yo no hacia mas que mirarla, no atreviéndome á hablarla por no irritar nuevamente á la terrible tia. Á breve rato observé que la jóven con mucho disimuló sacó un lapicero y se puso á escribir, mirando con sobresalto á su tia, como temiendo la sorprendiese en aquella ocupacion; pero tuvo la dicha de que ni la vieja ni el ermitaño moviesen siquiera la cabeza. Así que concluyó, dejó un papel doblado sobre el banco, me miró é indicó que lo cogiera, y se puso en pié en medio de la ermita, sin duda para impedir que lo vieran. Sin detenerme tomé el papel dentro del cual hallé un lápiz: salí de la ermita, y leí lo que habia escrito, que decia:

« En vuestros modales y fisonomía se conoce que sois bien nacido. Si podéis arrancarme del poder de una tia que intenta sacrificar mi juventud despues de haberme causado los mayores disgustos, déjaréis eternamente obligada toda la gratitud de la mujer mas desventurada, y que ménos ha merecido serlo. »

Al pié de estas líneas, contesté inmediatamente

« Decidme, indicadme los medios de seros útil: todos los pondrá en práctica el que, por primera vez, experimenta una revolucion, que sin duda no es efecto sino del violento amor que le inspiran vuestras gracias y vuestras desventuras. »

Este billete daba á conocer bastante el desórden de mis sentidos y mi poca experiencia: le dejé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La jóven, que observaba todos mis movimientos, venia ya á cogerlo, cuando la llamó su tia, y viéndola indecisa se levantó, la cogió del brazo, y le dijo: No hagáis espe-

rar á ese santo varon, en cuya dulce conversacion y sabios consejos hallaréis cuanto es posible para decidir á la persona mas irresoluta. Yo, viendo que no habia podido recoger la contestacion, tomé el papel y lo gurdé.

Rabioso de verla conversar secretamente con aquel hombre, me puse á barrer la ermita, empezando por la parte mas próxima adonde los dos estaban, y procurando oir algo, para proceder en consecuencia de lo que descubriera ó infriese; pero notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intencion, y levantándose furioso, despues de una descarga de injurias, me dijo: ¿Cómo se entiende? ¿es esta hora de barrer la ermita? ¿y precisamente empezar por esta parte? Váyase fuera en hora mala, desvíese; ¿no lo oye? — Haré lo que me dé la gana, respondió; añadiendo: ¿quién sois vos para mandarme con tanto desafuero? ¿qué derecho tenéis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito quedó el buen ermitaño al oirme hablar de esta manera; pero luego, volviendo sobre sí, me dijo: Pues lo tomáis sobre ese tono, yo tambien me explicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita; y bajo este respecto, os digo que no quiero que estéis mas en mi compañía. — Eso es otra cosa: no me parece que perderé mucho en ello. — Ni yo tampoco; y diciendo esto tomó de la mano á la vieja, esta hizo lo mismo con su sobrina, y se encaminaron á la sacristía. Al entrar en ella, la hermosa jóven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas, manifestando de este modo el triste estado de su corazon

Entraron, y cerraron la puerta; quedé inmóvil en medio de la ermita, entregado á melancólicas reflexiones; pero al fin exclamé: No importa que me despidas; no saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada cuanto hermosa jóven, y atormentar lo posible á su perversa tia. Así hablaba, cuando sentí pasos, y vi á un peregrino que acercándose á mí, me dijo: Acabo de entrar, y vuestras exclamaciones me hacen creer que padecéis algun grave sentimiento. — ¡Si fuera uno solo!... ¡pero son tantos!... soy muy infeliz. — Confiadme vuestras penas: tal vez podré dulcificarlas. — ¡Es imposible! ¡absolutamente imposible! Os suplico que respetéis mi secreto. — No quiero importunaros. El peregrino se fué á un rincon de la ermita, donde se arrodilló.

Estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita, revolviendo en mi imaginacion mil ideas, sin fijarme en ninguna de ellas, sin saber qué partido tomar; pues aunque resuelto á seguir por todas partes á la desconocida jóven, no tenia medios para ha-

cerlo, y tal vez podia mi resolucion causarle graves perjuicios. Pasaron algunas horas, durante las cuales me arrimaba frecuentemente á la puerta de la sacristía; y á pesar del mucho silencio que reinaba en aquel lugar, nada oia; lo que me inquietaba infinito, pues siendo como era muy reducida la sacristía, parecia imposible que no se advirtiese algun confuso rumor. No podia adivinar qué hacia el ermitaño con aquellas mujeres; pero estaba determinado á esperar hasta que saliesen, y huir luego para siempre de aquel sitio. El peregrino permanecia arrodillado en el mismo puesto; este hombre me molestaba, pero yo no tenia derecho alguno para despedirle; ademas de que la ermita estaba abierta dia y noche, y podia detenerse en ella cuanto quisiera. Para aumento de mi admiracion é inquietud, se pasó así el resto del dia, y se acercaba la noche sin que saliesen las mujeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio, y se presentó solo el hermano Lucas, el cual, extrañando el verme, y lanzándome una mirada de indignacion, me dijo: ¿Todavía estáis aquí? ¿no os he despedido? — Me iré; pero antes quiero recoger lo poco que me pertenece, y está en la sacristía. Como el motivo era justo, no se opuso el ermitaño. Entré, y cuando presumí hallar á la tia y á la sobrina, me encontré solo. Considerad cuál sería mi sorpresa; lo registré todo por ver si encontrába alguna puerta; ¡ inútil empeño! nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dijo: ¿Habéis acabado? — Esperad, que estoy buscando... — Lo que no encontraréis. — ¿Pero las señoras?... — Ya no están aquí. — Pues yo no las he visto salir, y no me he apartado de la ermita. — Os digo que han salido; y sobre todo, ¿qué interes tenéis en saberlo? — El interes que inspiran la hermosura de aquella jóven, y la violencia que la hacen. — ¿Y de donde podéis inferir esa violencia que suponéis? — Tengo motivos que no necesito declarar. — Y yo para que no estéis mas tiempo en esta ermita: idos. — Es demasiado tarde. — No está muy léjos un convento de capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere.

Cuando vi que no habia otro remedio, salí de la ermita, y caminé sin saber adónde, pensando siempre en lo que me habia sucedido, y en que aquellas mujeres no habian salido de la sacristía. En fin, sentia verme separado para siempre de la que amaba, sin poderle prestar ningun auxilio.

No sabia si haria mejor en irme á recoger en el convento de capuchinos. ó en caminar toda la noche en busca de la casa de

mi padre: tan desconocidos me eran los caminos para una parte como para otra; por lo que caminé gran rato sin rumbo cierto, aumentando mi incertidumbre la oscuridad de la noche. Hallábame en la misma posicion y en la misma indigencia en que me hallé cuando dejé la cabaña de Pedro para retirarme á la ermita de San Leonardo; pero ahora era mas digno de compasion, pues habia malogrado mas de tres años de mi mejor edad, y perdido enteramente mi corazon y mi entendimiento. ¡ Ay! me habia detenido en la ermita un dia mas, y este bastó para hacerme desdichado.

Caminaba sumergido en tan tristes reflexiones, muy descuidado de atender á mi seguridad en noche tan oscura, cuando sentí un golpecito en mi hombro. Sobrecogióme un gran terror, volví la cabeza, y vi... Pero ya es tarde, hijos míos. Mi amigo Palemon querrá retirarse, y yo me canso de hablar: en mi edad, cualquiera cosa incomoda: dejemos lo que falta para mañana, y oiréis sucesos tan particulares, que apénas podréis darles crédito á pesar de ser verdaderos.

Calló el anciano, los muchachos se levantaron, y todos volvieron á entrar en la casa.